

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL SR. CURA

D. MARTIN RUIZ.

ESCRITOS POR

G. Ch. Pbro.



Rien ne saurait être plus utile aux prêtres, et même aux simples fidèles, que les vies des saints prêtres écrites avec le véritable esprit sacerdotal; et pour moi, je puis affirmer qu'après les divines Ecritures, il n'y a pas de lecture qui me charme et m'édifie plus que celle-là: (Monseñor Dupanloup, carta al autor de la vida de Bartolomé Holzhauser.)



(CON LICENCIA.)

1905.

TIPOGRAFIA DE A. MANRIQUEZ.

GUERRERO, 42.

PRA-PU-ATO.

X4705

R8

3

22

*Libro Sr. Dr. D. Simón Valverde y Teller, de
Obispo de León*

Ornate

NON

NON

RAI BX4705

.R8

Cl3

002222



1080016700



APUNTES BIOGRAFICOS

DEL SR. CURA

D. MARTIN RUIZ,

escritos por S. Ch. Flier



Rien ne saurait être plus utile aux prêtres, et même aux simples fidèles, que les vies des saints prêtres écrites avec le véritable esprit sacerdotal: et pour moi, je puis affirmer qu'après les divines Écritures, il n'y a pas de lecture qui me charme et m'édifie plus que celle-là: (Monseñor Dupanloup, carta al autor de la vida de Bartolomé Holzhauser.)



(CON LICENCIA.)

1905.

TIPOGRAFIA DE A. MANRIQUEZ.

GUERRERO, 42.

I-R-A-P-U-A-T-O.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

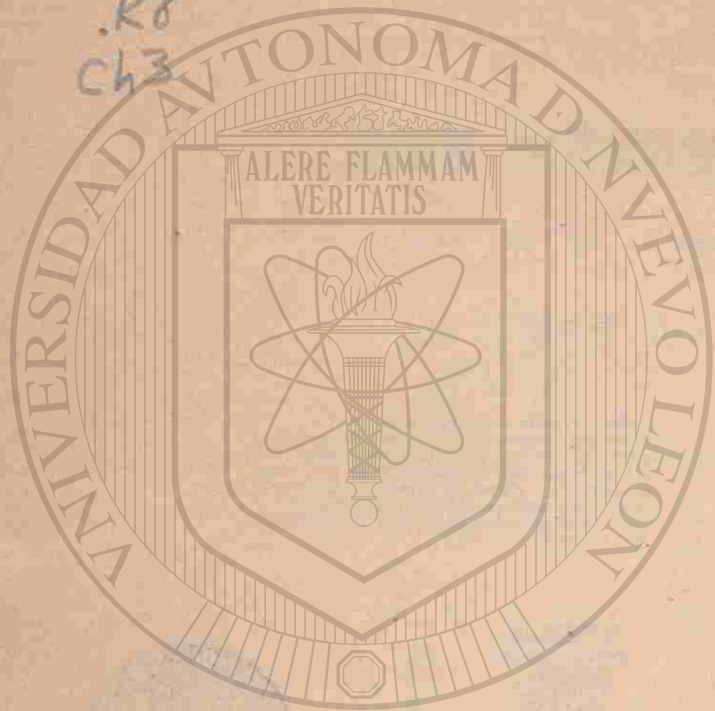
39657

EDUARD EMERSON
39657

BX4705

.R8

Ch3



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

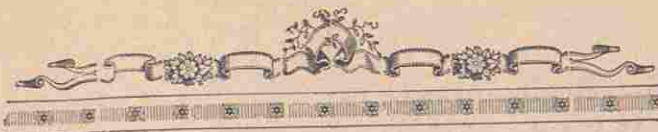
®



EL SR. CURA D. MARTIN RUIZ

* el 30 de Enero de 1814;

† el 26 de Diciembre de 1897.



Apuntes biográficos.

I.

Nada hay que embalsame tan preciosamente el campo de la Iglesia, como la vida de un sacerdote justo y piadoso. Si de los simples fieles decía el Apóstol que eran el buen olor de Jesucristo, colocados los sacerdotes á mayor altura derraman mas á lo lejos el aroma de sus virtudes ó de su doctrina.

Tal fué el Padre D. Martín Ruíz, digno y virtuoso sacerdote, que ha dejado este mundo por otro mejor en el domingo siguiente á la Navidad, 26 de diciembre de 1897.

Nació en la ciudad de León, en ~~enero~~ *enero* de 1814 hijo legítimo de D. Andrés Ruíz, y de la

Sra. Regina Aranda. *

Educado cristianamente por sus padres, y sobre todo por su madre, mujer de austeras costumbres y exquisita caridad, la que también difundió en el corazón de su hijo Martín; llegado este á la juventud lo dedicaron al honrado oficio de la profesión de su padre, en el que comenzó á ayudarles á ganar el sustento; parte de ese oficio era el bordado con hilo de todas clases, en lo cual se hizo llamar la atención en todas partes donde presentaba sus trabajos en obras de talabartería, y más tarde lo aplicó en los ornamentos eclesiásticos, tanto que se le vió usar una casulla blanca de raso que él mismo bordó con hilo de oro, la que se conserva con grande estima por su memoria.

En aquellos tiempos tan difíciles para viajar por las revoluciones del país, y muy joven y huérfano de padre, se trasportaba con sus hermanos llevando sus obras de talabartería á las

*

He aquí la fé de bautismo, con su ortografía peculiar:
El Presbítero Francisco Tejeda, Cura y Juez eccl. encargado de esta Parroquia de San Sebastian de la ciudad de Leon y su partido.
Certifico: Que entre los libros Parroquiales de este Archivo de mi cargo se halla uno forrado en badana encarnada, que dio principio en veinte seis de Enero de mil ochocientos trece y finalizó en once de Junio de ochocientos diez y siete, en el cual constan apuntadas las partidas de bautismo y de la foxa 60 frente partida primera se halla una que á la letra cópio: En el año del Señor de mil ochocientos catorce en treinta y uno de Enero: Yo el Br. José María Sánchez, Teniente de Cura de esta Parroquia de la Villa de León; Exorcisé, puse óleo, Bautizé y puse Crisma á un infante que nació el día 30 á quien puse por nombre José Martín, del Barrio Arriba, hijo legítimo de D. Andres Ruiz y de M.^a Regina Aranda, fué la Madrina Felipa Medel, á quien advertí su obligación y lo firmé = José María Sánchez = Al margen dice = José Martín del Barrio Arriba.
Esta partida está fielmente copiada de su original, se halla en el citado libro y foxa á que hace referencia y me remití, y á pedimento de la parte sente la presente en León á tres de Abril de mil ochocientos cincuenta y ocho. Franco. Tejeda. Por enfermedad del Notario Miguel Huerta.

grandiosas ferias de San Juan de los Lagos y otros puntos del Estado de Jalisco, San Luis Potosí, Puebla y Michoacán; las fatigas de estos viajes que hacía periódicamente, no le privaron del afecto que sentía por asistir á todos los actos de nuestra santa religión, y siempre que podía, á donde quiera que llegaba, lo primero que hacía era visitar los templos.

Sin duda por la esmerada aplicación de los consejos de su madre, tan enérgica como piadosa, y de la buena dirección de los Padres del Oratorio de San Felipe Neri en León, que por entónces florecían en celo y en saber.

Formado así el corazón del joven Martín; quiso dedicarse á la carrera de las letras, eligiendo la de abogado, para la que estudió tres años. Pero como Dios lo tenía destinado para ser su ministro, lo hizo cambiar de vocación, y con motivo de haber asistido una noche al teatro nacional de México, hizo serias reflexiones al ver el lujo y escotamiento de trajes de las señoras, que en ese lugar más llaman la atención, y fomentan la inmoralidad y la corrupción en las familias; y para contrarestar aquel libertinaje del mundo, y á favor de la gloria de Dios, pensó luego en emprender los estudios eclesiásticos, y al lado del Padre Prepósito D. Manuel Somera comenzó la carrera,

matriculándose en el Seminario de la citada ciudad de León. Su constante aplicación y su aprovechamiento le merecieron sustentar examen público de latín. En filosofía solo lo tuvo privado, pues aunque debió ser público, lo estorbaron las circunstancias del nuevo Oratorio de San Felipe, y la proximidad de la santa Visita pastoral del Illmo. Señor Portugal.

Del Seminario pasó al Colegio de los Angeles, el mismo que hasta hoy se conoce con ese nombre: lo regía y daba clases superiores en él, aquél célebre Cura de León, Lic. Dr. D. Ignacio Aguado, hombre de vasta instrucción, de profunda virtud y de reconocidos talentos administrativos, que tan gratos y duraderos recuerdos dejó en la ciudad; con este santo y sábio maestro estudió el jóven Martín cursando la Teología Dogmática, al mismo paso que la sagrada Escritura y la Historia eclesiástica; avaro del tiempo dedicaba las noches al estudio de la Teología Moral con el Padre D. Ignacio Urbieto; y en particular con el Padre D. Manuel Villar, Oratoriano, un año de Derecho eclesiástico, obteniendo muy buenas calificaciones en todos sus exámenes. Después pasó á Morelia al lado del Sr. Canónigo D. Mariano Rivas, Secretario de aquella Sagrada Mitra, quien allí lo tuvo tres meses instruyendo-

lo en los negocios de la Secretaría, y allí mismo fué sinodado por el citado Secretario, el Sr. Guevara, y el R. P. Guardian de San Francisco, mereciendo unánime aprobación; y por aquí se vé como el Padre D. Martín Ruíz poseyó muy buenos conocimientos, y están en un error los que le creyeron de poca instrucción ó de cortos alcances, engañados de su grande humildad y modestia, y de la sencillez de sus palabras y costumbres; pues si no fué una inteligencia superior ni de una literatura brillante, nunca careció de sólidos conocimientos en lo respectivo á su ministerio.

También se equivocan los que han creído que recibió las Sagradas Ordenes en edad muy adelantada; pues no fué sino en la edad canónica de 25 años, en el de 1839, cuando á ellas fué elevado por el Illmo. Sr. Dr. D. Cayetano Gómez Portugal, Dignísimo Obispo de Michoacán con dispensa de intersticios, pues el 17 de agosto del citado año de 1839 recibió las órdenes menores, y en los días 18, 24 y 25 las mayores hasta el presbiterado, y el día de San Francisco, 4 de octubre cantó su primera Misa en la iglesia (hoy parroquia) de San Miguel de León. El adorno interior del templo, el numeroso concurso de fieles, manifestaron el entusiasmo de todo el vecindario, y muy principalmente el de los padrinos que pre-

pararon, un gran banquete, y vistosos y crecido número de fuegos artificiales.

II.

El día 8 del mismo octubre venía á Irapuato, y el día 10 tomaba en propiedad la ampolleta en esta parroquia, es decir, comenzaba la tarea de vicario, por demás penosa y laboriosa; pues Irapuato comprendía á Jaripitío y Pueblo Nuevo, vastas jurisdicciones, que el primer Obispo de León erigió en parroquias separadas. Lo que realizó este humilde sacerdote en el puesto de vicario, ocuparía muchas páginas, si quisiese narrarse en detalles, pero basta apuntar lo mas notable de su vida, para preservarnos de la ingratitude, al menos los que tuvimos la dicha de conocerlo y de tratarlo. En todo ese tiempo, de mas de 25 años de Vicario, se vió, tan unido el clero de esta ciudad, el material compañerismo bien entendido, el empeño de motu propio era desempeñar los quehaceres con la uniformidad posible en una buena administración, por lo que sus Párrocos pudieron llamar la atención, nombrándose este Curato entre los primeros de la Diócesis, sin duda por la unión de su clero para desempeñar cuanto se ofrecía según las facultades de cada sa-

cerdote. Con este motivo el Padre D. Martín siempre tuvo de la Sagrada Mitra amplias facultades en su ministerio.

Sus sínodos fueron en Morelia, hasta el año de 1864, en que el Illmo. Sr. Sollano de santa memoria, primer Obispo de León, tomó posesión del nuevo Obispado en donde siguieron ampliándole sus licencias hasta donde es posible; y llevado del espíritu de desarrollar su ministerio sacerdotal para honra de Dios y bien de los fieles, y al observar que la corrupción había invadido á la entonces villa de Irapuato: que el juego, devorador de las fortunas sustituía al trabajo que las produce; que muchas personas principales sostenían dos y tres casas y familias, sustentando relaciones escandalosas, el ministro del Señor ansiaba por encontrar un remedio á tantos males, y entreveía uno poderosísimo: las misiones; pero estas costaban grandes pasos y mas grandes expensas, y el vicario era pobre, muy pobre, y su madre caritativa le dejaba á veces sin ropa por sus donaciones irrefleccivas. El vicario ocurre á María su estrella bienhechora, y le pide auxilio para vencer tantas dificultades y poder lograr su objeto; y una era la de convencer al superior de la necesidad que había, y del resultado que se esperaba; y por lo escaso de los recursos no se resol-

vía á iniciarlo; pero la Divina Providencia vino allanarlo todo: estando de paso en este lugar cinco PP. misioneros del Colegio Guadalupano de Zacatecas, que volvían á su convento por habérseles cumplido sus licencias de dar misiones en la vasta Diócesis de Michoacán, se le presentó al Padre D. Martín el Hermano Teodosio y el Hermano Julián, dos hombres piadosos conocidos con esos nombres, diciendo con mucho júbilo: Padre, Padre, acaban de llegar unos Padres Misioneros, que están alojados en la casa del Padre Bravo; ¡ojalá que se consiguiera el que nos dieran misiones! y el Padre Ruíz con dolor les hizo observar que era necesario hacer fuertes gastos, que sus circunstancias no los permitían; mas sin embargo, resolvieron repartirse los tres por la población, para apuntar solamente las donaciones y ver qué cantidad podía reunirse entre los fieles, citándose á las cinco de la tarde de ese mismo día para conocer el resultado de la comisión, en la que se vió que según lo apuntado, se colectarían como seiscientos pesos, lo cual anima sobre manera al pobre vicario, quien se dirige luego al Cura Párroco D. Juan de la Cruz Licéa, el cual lo recibió á speramente, por habersele informado de que se había procedido sin su licencia y conocimiento, con la afirmación de que ya se tenía arreglado

todo; por lo que le dió una fuerte reprensión, á lo que contestó el pobre vicario, que no había aún tal arreglo, que no había sino unos simples apuntes, para saber con cuanto se contaba, y en vista de eso iba á pedirle su licencia y aprobación, pues no habría dado paso definitivo sin ese requisito; y que, sin el permiso, desistiría de su pensamiento; y entónces contesta el Sr. Cura que lo dejaba en libertad para que hiciese lo que quisiera, que él (el Sr. Cura) y sus vicarios tenían mucho que hacer y por lo mismo no tomarían en ello parte alguna. A pesar de no haber quedado convencido el Sr. Licéa, se retiró el Padre D. Martín, indeciso en ejecutar su pensamiento, por la decepción que le acabara de pasar; entónces fuese á pedir á la Santísima Virgen le inspirara lo que debía hacer, pues comprendió que la falsa información dada al Sr. Cura, era obra del demonio, y que por ningún motivo se debía desistir, de lo intentado; y con esta resolución pasa á la casa habitación de los misioneros, habla con el superior, se penetra de la necesidad que hay, y del bien que se pierde si no se dan las Misiones; por lo que todos se manifestaron interesados en el asunto; pero otra dificultad se presenta; la de haberseles terminado las licencias, siendo necesario ocurrir á su Convento en Zacatecas, para poder continuar la Mi-

sión; las licencias vinieron muy amplias, y por todo el tiempo que fuese necesario; animado así el Padre D. Martín mueve á los Párrocos, hace los gastos, y comienza la misión que duró cuarenta días, con un auditorio de más de cinco mil personas, en la plaza pública, conmoviendo mucho al pueblo, y logrando ingente fruto, dándoles también ejercicios á las clases particulares, y concluyendo con un solemnísimo Novenario á la Santísima Virgen del Refugio, Patrona de las Misiones, cuya Imágen es la que hasta hoy se venera en la iglesia de Señor San José, como un recuerdo; pero para solemnizar esta novena era necesario erogar nuevos gastos, pues lo colectado había concluido y el patrimonio del pobre vicario no alcanzaba para todo, pues se vió en el caso de pedir un día de comida para los misioneros, á cada una de las casas particulares, la que fué servida espléndidamente y con mucho gusto por las personas invitadas. Antes de comenzar la novena, el Superior de las Misiones presenta al Padre Ruíz la licencia que hubiese exposición del Santísimo los nueve días; y esto más aflige al vicario, porque ya no hallaba de donde hacer los gastos; y se conforma con que solo haya exposición durante la misa, para lo cual solo se necesitaban doce velas de cera de á libra, las que bondadosamen-

te cedió D. Estéban Bustos.* Así arreglado todo, sucedió una cosa que pareció maravillosa. En la tarde del día anterior al de comenzar la novena, cual fué la sorpresa del Padre Ruíz cuando llegando á su casa le manifiesta su Sra. madre entregándole cincuenta pesos, que una Señora enlutada los había dejado para que comenzara el novenario solemnísimo como lo deseaba, y que Dios proveería para todo; y así fué, pues al tercer día ven en la Lista de la Lotería de San Carlos, (única que entónces se hacía en México,) que el premio mayor de veinte mil pesos había tocado al número que había tomado en compañía; y siendo dueño de un cuarto, (cinco mil pesos,) pudo ya cubrir ampliamente todos los gastos. No pudo, por lo demás saberse después quien fué la Señora enlutada que había hecho el donativo.

El año de 1847 fué la fecha inolvidable de la rehabilitación de Irapuato, y de la iniciación de ese espíritu de piedad que le ha valido no pocas veces, los dicterios y burlas de los perversos, que la apellidaban ciudad levítica y asilo del fanatismo; mas el esplendor del culto se hallaba decaído. El centro del culto católico, es la Sagrada Eucaristía y el mejor modo de promoverlo es estable-

*

Era un hombre piadoso, dueño de una gran cerería.

cer la adoración eucarística entre nosotros llamada la "La Vela perpetua;" el vicario trabaja para establecerla: unos dos años que funge de Teniente—Cura le dejan mover con más amplitud, y realiza esa obra que aún subsiste y que se halla en un grado de extensión y de esplendor como en pocas, y quizá en ninguna otra Parroquia de la Diócesis.

La masonería á la que sirven hoy todos los gobiernos, ha desterrado de las poblaciones el lugar de las sepulturas, so pretexto de higiene pública, y aún el nombre cristiano de cementerio ó campo-santo, lo ha cambiado por el nombre gentilico de panteón, disparatado en el caso; por su puesto no hay tal higiene; lo que hay es la persecución del catolicismo arrancándole hasta los cadáveres de sus hijos. En aquella época la Iglesia poseía aún los cementerios, á orillas de esta población de Irapuato y anexo á una capilla de San Antonio se hallaba el campo-santo, pero era un terreno vasto cercado apenas con rama de espinos, y decíase que aun llegaron los perros famélicos á desenterrar los cadáveres. El vicario comprende que es muy conveniente alejar ese peligro; y así, hace colecta, y echa mano de sus ahorros, y el campo-santo se cierra con paredes sólidas que duran hasta el día, aunque comienzan á

derrumbarse porque no está allí la mano de la Iglesia que las sostenga y las reedifique.

III.

Si la casa de los muertos se cierra, la de los pecadores se restaura: la casa de los ejercicios, asilo donde los muertos del alma resucitan, debió á nuestro Padre continuos cuidados: caída casi en ruinas, la restaura á costa de mil sacrificios; y sustraída de manos de la Iglesia, por la revolución, reúne fondos para recobrarla, más que antes arruinada, sin techos y sin puertas, la restaura por segunda vez, y todavía en el último año de su vida, el celoso sacerdote, mandó construir un arco que sostiene un muro del templo, cerrar las abras que arruinaban las paredes, y recibir estas con fuertes pilares de ladrillo.

Su devoción con la Santísima. Virgen de Guadalupe fué siempre esmeradísima, no sólo tomó mucha parte en la construcción del "santuario extramuros," cuya primera piedra bendijo é impulsó, y en cuya conclusión dijo un sermón de dedicación del Templo, predicando delante del Illmo. Sr. Sollano; y declaramos que esa pieza oratoria, toda obra de él, la reputamos aun digna de ver la luz pública.

También, como todos lo han visto, hubo emprendido la construcción de tres altares, á la vez que el decorado del santuario guadalupano que llamamos del centro, al gusto moderno, gastando en ello fuertes sumas que procuraba entre personas piadosas y acomodadas, por medio de invitaciones impresas, y de otros recursos que su celo le sugería, gastando de sus pequeños haberes hasta ochocientos pesos, como recordamos haberlo oído de su boca; y esto, sin comprender el costo de la Imágen, que es una buena pintura, y nó sin haber tomado parte en la restauración de este mismo templo que primero había sido adjudicado y con trabajo había sido recobrado muchos años después: y por todas estas obras que con gusto emprendía para el decoro de la casa de Dios, se echa de ver la ilimitada devoción á la Santísima Vírgen á quien en sus mayores aflicciones acudía postrándose á los piés de su altar, y asegurando no haberlo hecho nunca en vano.

Una de las devociones hoy mas populares y que atraen mayor concurso, es sin duda la hermosísima práctica del mes de María, que en varias Iglesias se celebra ahora en este lugar, con la religión y pompa del culto que nadie ignora; pero muchos ignoran quién fué el introductor de ese devoto ejercicio en Irapuato. Por los años de

1860, ó uno ó dos antes, el Padre D. Martín Ruíz erigía en su casa un modesto y devoto altar á la Vírgen Inmaculada, (cuya imágen se venera ahora en el pueblo de Romita.) Durante el mes de mayo, allí, con un grupo de almas piadosas practicaba el ejercicio del mes de María, ofreciendo las flores algunas niñas, y entonando sencillos cánticos, devotas personas que acompañaban con el harpa; la concurrencia era toda la que el local podía abarcar, pero la devoción que el sacerdote comunicaba á los asistentes, era ardiente y animada; uno ó dos años después, el ejercicio se comunicaba en la pequeña iglesia llamada el Hospital, otros años se celebró en la iglesia mas amplia de la Soledad, hasta que en seguida quedó como instalada en la de Señor San José, donde la Asociación de Hijas de María Inmaculada anualmente lo promovía, lo expensaba y devotamente lo practicaba; así, este precioso ejercicio tan del agrado de la Madre de Dios, y tan del gusto de los fieles, fué introducido por el ínclito sacerdote, siervo devotísimo de la Vírgen Inmaculada, á quien le dedicó un devoto rezo para el día ocho de cada mes, el que los fieles practicaron con agrado.

Estableció la obra de San Felipe Neri, llamada "Santa Escuela," en la iglesia del Hospital, fué en ella padre de obediencia por mas de doce años;

fué gran protector de las Monjas de la Enseñanza, principalmente de algunas á quienes alejó durante una época de exclaustación; cuando las adjudicaciones de los bienes de la Iglesia hizo ináuditos esfuerzos por salvar los de las Religiosas y otros, hasta donde era posible, quedándoles á aquellas un pequeño haber para vivir en muy escasas condiciones, y habiendo logrado que se hiciesen ciertos arreglos con la sagrada Mitra, por las proposiciones que él presentaba, según se lo facultaban los Ilustrísimos Prelados de entónces.

Fué capellán de las monjas por mas de catorce años, oficio que desempeñó con satisfacción de toda la Comunidad.

Construyó el altar mayor de la iglesia de Señor San José; fué el Prioste, Jefe ó cabeza de los indios de ese barrio, logrando apaciguar las discordias que entre ellos surgían á cada paso, en materia de censos y terrenos.

IV.

La persecución á la Iglesia y á sus ministros había llegado á su colmo en esta población, siendo como era tan celebrada por la religiosidad de sus vecinos; llegan las fuerzas del general Coronado, caudillo liberal; se apoderan de diez sacer-

dotes, y entre ellos del Padre D. Martín, á quienes exigen una cantidad de dinero muy difícil de poseer y aun mas de conseguir en aquellas circunstancias; los llevan prisioneros á la ciudad de León, presentándolos en la plaza pública, bajo los rayos del sol, vestidos con blusas rojas de soldado, conservando el P. Ruíz por muchos años la suya, como recuerdo de aquel sacrificio.

Se hacen esfuerzos en dicha ciudad de León, para salvar al P. Ruíz, pero no consiente en dejar á sus compañeros, y continúan el camino para Lagos, sin llevar provisiones de alimento, porque los guardias no lo permitían, viendo lo cual un sobrino del P. D. Martín, se procura un huaje y se adelanta en el camino y los provee de agua, cuando alimentos no se hallaban; y ya detenidos los sacerdotes en la cárcel de Lagos, se hacen nuevos esfuerzos para salvar al bienhechor de Irapuato, quien rehusa la libertad por seguir la suerte de sus compañeros, y al fin se consigue por una cantidad que no bajó de diez mil pesos, los pongan en libertad, y no pudiendo algunos pagar lo que les correspondía, el Padre D. Martín por salvar á todos dispone vender la casa de su habitación y otros objetos, para completar el rescate de todos.

Como se vé, solo hemos hablado de aquellas

obras culminantes, públicas, duraderas, cuyos resultados se palpan todavía; pero nada hemos dicho acerca de aquellas otras, que, si menos generales, son siempre benéficas, provechosas, y laudables.

La constante dedicación al confesonario, cosa que le fué tan familiar que aún en la cuaresma última que vivió, á pesar de sus ochenta y tres años, cuyo fardo llevaba desahogadamente, practicaba en una Hacienda lo que llamamos cumplimiento de Iglesia y cansaba á los Padres jóvenes que le ayudaban, que no podían permanecer en el tribunal de la penitencia ni tantas horas ni con tanta constancia como el anciano sacerdote; ¿cuál sería su dedicación y su empeño en los primeros años de ministerio?

Su prudencia en el manejo de los negocios, aún temporales, era universalmente reconocida; arreglaba entre los jóvenes los matrimonios con gran tino, evitando así muchísimos males; promovía tandas de ejercicios en los que incansablemente confesaba y trabajaba; aconsejaba con admirable acierto en negocios de compra y ventas, y testamentos; con sus consejos y sus pasos favoreció á multitud de familias haciéndolas adquirir casa habitación en muy buenas condiciones, de modo que bien pudo decir con San Pablo: "Como nada poyosendo, y enriqueciendo á muchos."

Después de veintiseis años de servicio en la parroquia de Irapuato, el Illmo. Sr. Sollano, buen conocedor de los méritos de los sacerdotes de su Diócesis, le nombró Cura de Romita; era este entonces un pueblo de perdidas costumbres, sin fé, sin piedad, nido de revoluciones y de algún prohombre de aquellos tiempos, terror de la comarca; aún estaba muy viva allí la memoria de un Cura vilmente asesinado en el mismo curato; tal era el pueblo á donde era llamado el Padre D. Martín, como pastor de una manada de lobos; y no se crea que recargamos el colorido del cuadro; en esta vez estuvo tres meses, volviéndose á Irapuato, y sirviendo la capellanía de San Antonio el Rico, y allí permaneció un año, dotando á la capilla de todo lo necesario.

En el año de 1866 fué nombrado primer Cura de la parroquia de Jaripitío; al erigirse el Curato lo dotó de los paramentos necesarios para la parroquia, y allí estuvo cerca de tres años, hasta que vino el Cura propio, por concurso, á recibirlo, y á quien le entregó, todo por inventario general, fechado el 10 de julio de 1869.

Pasó á Irapuato á servir la capellanía del Copal y la sacristía de esta Parroquia. En una de las veces que volvía del Copal, por dejar el camino á un carro que trabajosamente pasaba, se inclina á un lado de la vía, y esto pasaba en el famoso río de Guanajuato, que furioso se desbordaba, y con sus aguas ocultaba un pozo, recubierto también y disimulado con yerbas, y ramaje; y en esa fosa cayó hacia atrás el caballo que montaba, sumergiéndose, y pasando media hora duró con el agua hasta el cuello, y el caballo no podía salir pues la yerba y el cieno lo atascaban; el carretonero en vano luchaba por sacarlo, mas viendo que no lo pudo, echóse á llorar, al oír al Padre que con tiernas deprecaciones invocaba al corazón purísimo de María, y se ayudaba á bien morir, por que no esperaba otra cosa, cuando aparecen algunas personas que logran al fin sacar al Padre en el caballo, sin novedad importante. Y esta fué merced al purísimo corazón de María á quien le dedicó un retablo que estuvo largo tiempo ante su altar.

En noviembre de 1871 se le volvió á nombrar Cura de Romita, por segunda vez, y todo lo que entonces hizo allí sería muy largo referir; en más

de diez años, cambió el pueblo por completo; pues con su celo, su desinterés, su paciencia y su calma nunca desmentida, reanimó en ese lugar y su jurisdicción el espíritu de fé, moralizó las costumbres, hizo amar y practicar la piedad, atrájose á un personaje irreligioso, y logró que se reconciliaran otros con la Iglesia, perseverando hasta los últimos días los que ya han fallecido.

Promovió y tomó parte muy activa en la erección de catorce capillas rurales, haciéndolas dotar de lo necesario para la celebración de la Misa en los días festivos; y en el centro de la población dejó establecido un amplio oratorio dedicado á Santa Cecilia. Bajo los arbotantes de la Parroquia construyó una pequeña capilla á San Isidro Labrador, y á nuestra Sra. de Lourdes. Al reconstruir dichos arbotantes que amenazaban ruina, aseguró con trabas de hierro al templo en todas las grandes abras que tenía, quedando tan sólido como seguro, y pudiendo resistir, como se vé hasta el día, una hermosa torre de bonito modelo que dibujó y dirigió el Lic. D. Joaquín Rocha; proveyó á la iglesia parroquial de ornamentos y vasos sagrados; renovó y construyó imágenes, de que carecía, renovó el órgano, proveyó de cancel, de vidrieras en todo el templo, que no las tenía, é hizo fundir campanas, y benefició al lugar con

reloj público que nunca había conocido; fabricó una pequeña casa de ejercicios; levantó el diezmo que estaba muy decaído, construyendo trojes para el acto, reedificó la casa cural que estaba en ruinas; mandó hacer un modesto carruaje para conducir al Sagrado Viático; y finalmente, nunca descuidó los múltiples y delicados deberes de un pastor, en la educación de la juventud, en la administración de los sacramentos, en la predicación dominical, en visitar á los enfermos dentro y fuera de la población, á cualquiera hora del día ó de la noche, recorriendo en estas visitas á veces de seis á siete leguas de ida y otras tantas de vuelta; sirviéndole de descanso en seguida los quehaceres ordinarios.

En tiempo de lluvias, las tempestades lo sorprendían en el camino; y no siempre podía pasar los arroyos que se perdían por la corriente del agua; y más de una vez esa corriente lo dejó sin caballo, saliendo este á larga distancia, y no pudiendo alcanzarlo por lo pesado del camino, hubo de andar á pié más de dos leguas, pues á la vez nadie le acompañaba; los céspedes de granizo, y el cieno le hacían difícil el paso, y así hubo de llegar al curato con la ropa empapada; y á pesar de tales percances, nunca se le vió fastidiado y sí siempre sereno y contento. El socorro á los po-

bres y á varias familias vergonzantes, fué en él habitual, hasta el fin de su vida; dejó establecida la preciosa Asociación de las Hijas de María, á la que atendió empeñosamente, y por medio de la cual practicó siempre con solemnidad y devoción el mes de María; fué un padre verdadero para con todos sus súbditos y sirvientes. También proveyó á la Parroquia de vicarios, siendo la mayor parte de ellos, sacerdotes acabados de ordenar, quienes ya prácticos en la administración salían á ocupar importantes puestos de la curia eclesiástica, ya en el Venerable Cabildo, ya en algún curato ó capellanía de importancia, en los cuales está vivo el recuerdo de su primer párroco.

También refería que de sus ahorros, de una labor que encargaba á un sobrino suyo, gastó mas de cinco mil pesos, en bien del culto de dicha parroquia; y de los capitales que hoy existen en la población de Romita, algunos, formados por sus poseedores, tuvieron origen en haber sabido aprovecharse de los prudentes consejos de su bienhechor.

El Illmo. Sr. Sollano, de grata memoria, decía: que sólo visitaba esa parroquia de Romita en cumplimiento de su deber, porque no había allí que hacer la menor observación, pues que era el curato modelo en todo el obispado, y lo compara-

ba á un reloj pequeño, pero bien arreglado.

El Padre D. Guadalupe Fernández del Oratorio, de feliz memoria, tuvo expresiones análogas en la predicación en una tanda de ejercicios de eclesiásticos en León, pues refiriéndose al abandono y desaseo de algunos templos parroquiales, observaba: que tal vez los Sres. Curas se disculpaban con que las entradas no bastaban para los gastos necesarios; y les proponía como modelo la parroquia de Romita, diciendo que aunque allí no había oro ni plata, como en otras parroquias, pero que se hacía notable el aseo y lo bien arreglado para el culto ordinario, así como el de las festividades solemnes; y esto era sin duda debido al celo de su párroco, que solo procuraba el decoro de la casa de Dios y bien de los fieles.

En julio de 1878, el Illmo. Sr. Sollano, lo nombró Cura interino de la parroquia de Silao, en la que se agitaban por entonces unas peligrosas disensiones, y causó admiración al ver logrado en solos dos meses (del 12 de julio al 12 de septiembre,) lo que otros no habían podido conseguir en mas tiempo, reconciliando los ánimos y dejando bien sentada la paz; y es que la humildad todo lo puede, y el recurso á la reina de los Angeles lo alcanza todo. Todo lo pedía con filial confianza á la Santísima Virgen, la que, como su Hijo, tie-

ne su conversación en las almas sencillas.

En esos días ofrecióse al Señor Obispo marchar á Guanajuato, y como de paso llega al curato, é inmediatamente se le presentan comisiones de los grupos antes desidentes; le piden perdón de las faltas cometidas en el templo parroquial y en otros lugares no menos respetables, y solicitan con instancia que permanezca en el lugar el nuevo Cura D. Martín; pero el Illmo. Sr. Obispo, tan sabio como prudente, díjoles que si lo conseguían de él, con gusto lo dejaría; pero el humilde sacerdote, temeroso de perder el fruto de la semilla que tenía sembrada en su rebaño de Romita, persuade á su Prelado de la necesidad de separarse, pues que los fieles de Romita no vieron con calma esa separación de su Párroco, y ya habían ocurrido en crecido número al Obispado, solicitando su vuelta; y á los dos meses cumplidos, rebosaba de júbilo aquel pueblo al ver de nuevo entre ellos á su bienhechor, y ese júbilo era de corazón, pues en ese día se veían en los semblantes lágrimas de alegría; los preparativos que se hacían para recibirlo dignamente eran de acuerdo con las autoridades civiles, y por esto se vé que el entusiasmo era general, pero esa recepción no tuvo efecto, por cuanto á que llegó el Padre por la noche, y antes del día señalado para su vuelta: así lo

determinó queriendo evitar toda ocasión de ostentación y vanidad. Al siguiente día celebró una Misa en el altar de una devota imagen de la Purísima Concepción, la que siempre le acompañaba, á la que le hablaba con sencillez encantadora, llamábala siempre la niña, y todavía tres días antes de morir se le vió estrechar contra sus labios una pequeña fotografía de la misma imagen, cuyo original dejó en Romita, como un perpetuo recuerdo de piedad y devoción.

Mientras le fué posible promovió en aquella Parroquia todos los pasos de Semana Santa, como son: el Lavatorio, las Siete palabras, y el Pésame, así como las procesiones del Prendimiento, Tres-Caídas y Santo Entierro, todo con edificante devoción; como lo promovió él primero, en Irapuato, y las practicó largos años, acompañando al Señor tras de su Imágen, durante dos y tres horas que se alargaba la procesión; y era al tiempo del medio día, con un calor sofocante, recorriendo las principales calles de la población; lo mismo por la noche con el Santo Entierro, en un orden admirable, y acompañado de los principales vecinos de Irapuato; organizó un gran número de cargadores de Jesús Nazareno, cuya Imágen era llevada en aquellas procesiones; de aquí viene la gran devoción de los fieles con esa venerable Imágen

que cedió á la veneración pública, así como las otras Imágenes que están en su capilla nuevamente decorada en el frente al antiguo Bautisterio de esta Parroquia.

No olvidemos el mencionar cómo por un acuerdo del Venerable Cabildo de la Catedral de León, se le propuso darle una plaza en el coro de esa Santa Iglesia, pero inspirado por la humildad con que Dios le había dotado, quiso excusarse de ese honor que bien mereció, permaneciendo en su puesto de Cura hasta que doblegado por el peso de el trabajo y de los años, pidió y obtuvo el permiso de separarse de la parroquia de Romita, despidiéndose de sus feligreses en un impreso fechado el 30 de noviembre de 1883, en el cual, con sencillo estilo les muestra grande agradecimiento por su docilidad, y les dá paternales consejos, encargándoles no se contaminasen con la herejía, ni dejasen en modo alguno la Vela del Santísimo Sacramento. Universal fué el luto y el llanto por su perdido párroco, de quien habían recibido tantos bienes. Vuelto á Irapuato es nombrado capellán de la Hacienda de la Caja, por empeño de D. Antonio Retana dueño de esa finca, y grande amigo suyo.

Por este tiempo sucede que en una Hacienda inmediata á Romita, se rebelaban los ánimos en

contra del capellán, creciendo las disensiones hasta llegar á tramar el dar muerte al ministro de la Iglesia, y entónces se presenta de nuevo el Padre D. Martín, pasa á la Hacienda de los sublevados, los apacigua, y les hace desistir de su nefando proyecto, y restableciendo la paz que no volvió á turbarse.

En el año de 1886 vuelve á Irapuato, á desempeñar su capellanía rural, con tanto gusto como si no hubiera decendido de un curato importante, y á continuar la reposición de la casa de San Cayetano en donde promovía tandas de ejercicios, y asistía á los retiros del día 21 de cada mes hasta que dejaba confesados á todos los que á él acudían. Dirigió á muchas almas, auxilió á muchos pobres y aún á familias enteras que todavía lo lloran. Sufriendo alegremente la falta de la vista que le quedó muy imperfecta, á pesar de la operación de la catarata, de cuya época data el decaimiento de su salud.

Por fin, no descuidó de la educación de su familia, sosteniendo á sus sobrinos de su peculio en los colegios hasta concluir su carrera; en la sacerdotal recordaremos los Pbro. D. Zacarías y D. Fernando Ruíz, y D. Luis G. Magdaleno; y de otras profesiones, al Lic. D. Lázaro y profesor D. Petronilo Ruíz, todos notables por su honra-

dez, pues no podía ser de otro modo con el ejemplo de su tío. De los extraños fueron innumerables los que auxilió ya ministrándoles con su peculio, ya ayudándoles con sus consejos y recomendación.

En 1889 un sobrino suyo, el Pbro. D. Luis G. Magdaleno, cura de la parroquia de el Coecillo, de León, quiso y vino á solemnizar brillantemente las bodas de oro de su tío, ó sea el aniversario quincuagésimo de su primera Misa y así se verificó en el templo de Ntra. Sra. de la Soledad; fueron sus padrinos el Sr. Pbro. D. Hilario Rivera y el mismo Padre D. Luis G. Magdaleno, el Dr. D. Antonio Retana y el Lic. D. Antonio del Moral; la Cátedra Sagrada fué desempeñada por el Presbítero D. Gabino Chávez, y asistió una numerosa concurrencia.

Por último en las misiones habidas en el año de 1892 el Padre Ruíz tomó mucha parte, y ayudó de su peculio á la venida de los misioneros maristas que hicieron tanto bien, y fundaron la devoción al Corazón de María, reanimando la Archicofradía casi olvidada; de suerte que en todas estas grandes obras tiene amplio participio.

VI.

Por fin, el sol de la vida iba llegando á su ocaso: tres cuartos de siglo y ocho años más se habían aglomerado sobre aquel cuerpo, gastados todos en el servicio de Dios, y como sesenta en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Insensiblemente había ido decayendo el vigor y la fuerza, la vista se hacía cada vez más imperfecta hasta casi llegar á perderse; disminuía el apetito y el sueño lo sentía de rechazo. Como á mediados de diciembre, la decadencia se hizo más notable, y el anciano tuvo que tomar el lecho. No era su mal otra cosa que la senectud, que constituye, á veces una verdadera enfermedad. Nuestro Padre, nó dejó de conocer que su fin se acercaba, y quiso y pudo prepararse como debe hacerlo el cristiano, y más, el sacerdote: arregló todos los negocios temporales, y se dedicó al cuidado de los espirituales; recibió los Sacramentos con especial devoción, y mayormente el Sagrado Viático que el Párroco le administraba acompañado de gran número de los sacerdotes que formaban el clero de la ciudad, hablando entonces muchas palabras de edificación. Entre tanto los facultativos que le asistían, le aplicaban esos remedios que solo tienen por objeto reparar algo las fuerzas y entonar

el sistema; pero desgraciadamente sobrevinieron algunos síntomas no esperados que exigían la aplicación de difíciles remedios. Recordamos que San Alfonso María de Liguorio, en su última enfermedad, tuvo que someterse á algunas medicinas que alarmaban en gran manera su modestia, y que siéndole aplicadas por obediencia á sus confesores, le hacían llorar como á un niño, nó tanto por el dolor, cuanto por la pena y la molestia. Algo de esto quería el Señor que padeciese el Padre, quizá para que acabase de purificarse con el sufrimiento, y el cateterismo, esa operación tan dolorosa como mortificante, le hacía exhalar ayes que llenaban de compasión á las personas que cercadas á su aposento pedían noticias del estado de su salud, ó permanecían allí para prestarle sus servicios.

En fin, el domingo 26 de diciembre, minutos después de las nueve de la noche, sin agonías penosas, ni angustias que á veces torturan á los moribundos, plácidamente entregó su espíritu al criador, á quien un día antes la Iglesia había celebrado en su Nacimiento, y cuyas alabanzas cantaba el enfermo pocos días antes, en esos versos sencillos del pueblo que llaman "los pastores." Había cumplido ochenta y tres años y medio de edad, y cincuenta y ocho de ministerio.

Al día siguiente se celebraron sus exequias en la iglesia parroquial, con el concurso que es de suponer, aunque el Prelado que gobernaba entonces la Diócesis de León, no tuvo á bien conceder el permiso que se solicitó para que se pronunciase una oración fúnebre, cosa en nuestros tiempos que no deja de ser delicada, y que últimamente ha prohibido el Concilio latino americano, si nó és con licencia del Obispo, que examine antes la pieza oratoria que se haya de predicar, lo que no deja lugar á pronunciar oración fúnebre al día siguiente del fallecimiento de las personas, pues no podría escribirse y entregarse previamente á la censura episcopal la pieza que habría de tener lugar. Por la noche se depositó el cadaver en el santuario de nuestra Señora de Guadalupe del Puente, y al día siguiente fué conducido al Panteón, acompañado de inmenso gentío y de varios sacerdotes que recitaban el Rosario y en partes también llevaban en hombros la caja mortuoria. Sobre su sepulcro se colocó una modesta lápida en espera del tiempo en que los restos serían exhumados para trasportarlos á una iglesia.

El sentimiento de la muerte del Padre D. Martín Ruíz, fué universal en la Diócesis; llovieron cartas y telegramas de condolencia: el Illmo. Sr. Barón, Obispo de la Diócesis, envió un telegrama

del tenor siguiente: "Enterado, profundo dolor, ya pide por nosotros en el cielo." Como se vé pronto parecía canonizarlo el Prelado.

Posteriormente un sobrino político del piadoso difunto, ha tenido cuidado de tener fresca su memoria del modo más oportuno, es decir, haciendo celebrar aniversarios consecutivos por su alma, con Misas repartidas por todo el día. Y no contento con esto, ha fabricado á un lado del Oratorio anexo á la iglesia de san Cayetano, una capilla á una venerada Imágen de Jesús crucificado, en cuyas gruesas paredes se dejó una cripta á propósito para guardar los restos fúnebres del amado difunto. La prensa católica, nó sólo la local, sino aun la de la capital de la república, dió luego noticia del fallecimiento de nuestro Padre, añadiendo elogios mas ó menos significativos. Una cosa que llamó la atención por su carácter medio misterioso, fué publicada en el semanario de León llamado "El Pueblo católico," á la muerte del Sr. Cura D. Tiburcio Medina, que lo fué de Guanajuato. Vamos á reproducirlo textualmente, dejando al criterio del lector la apreciación de los hechos:

"Vamos á consignar un acontecimiento que ha llamado mucho la atención de los que tuvimos de él conocimiento. Pocos días antes de la muerte

del Illmo. Sr. Barón, acaecida hace un año, (cuando la publicación del artículo,) nos refería el Sr. Cura Medina, que había tenido un sueño de esos que parecen tener los caracteres de realidad por su viveza, en el que hablaba el Sr. Cura D. Martín Ruíz, (que había muerto en Irapuato,) quien le dijo: "diga U. al Illmo. Sr. Obispo que esté prevenido, porque pronto va á morir.—Y ¿de qué manera podré garantizarle esto? preguntó el Sr. Medina.—Puede U. decirle que por señas de que acaba de alzar unos papeles de importancia.—Y qué más?—Nada más: pero á U. puedo asegurarle que poco tiempo después morirá U. también."

"Esto repetimos, nos lo decía el Sr. Cura dos ó tres días antes de la muerte del Illmo. Sr. Barón, la cual, como era natural, mucho le impresionó; sin que sepamos si cumplió ó nó con su encargo.

"Al año y días de la muerte del Illmo. Prelado, falleció el Sr. Medina. Acaso ese aviso contribuyó mucho á su preparación, y á que muriera en la paz y tranquilidad que se notó en su muerte." * Posteriormente se tiene conocimiento de que un eclesiástico dió aviso á S. Sria. Illma. de la proximidad de su muerte, contestando solamente: gracias, gracias. Se infiere que personalmente

*

Número 7 del año de 1889.

el Sr. Medina nó cumplió, pero si pudo informar de todo á un eclesiástico de confianza del Illmo. Sr. Barón, á quien sin duda lo comunicó, porque el Sr. Barón dijo que esos papeles eran unos billetes de banco que se habían traspapelado, y más se afirmó el Sr. Medina al tener conocimiento de la muerte del Illmo. Sr. diciendo: "nó hay duda de lo que me reveló el Padre Ruíz, no hay más que prepararnos." Y así fué. Solo notaremos que siendo sacerdotes los que intervinieron en todo esto, nó puede dudarse de su veracidad, ni se decidirían á hacer esto del dominio público, si nó lo juzgasen digno de credibilidad.

VII.

Siete años han pasado: la capilla edificada para recibir en sus muros los restos del amado difunto, acababa de concluirse; y he aquí que en enero de este año, (1905,) se repartió con profusión en Irapuato, una esquela de luto elegantemente impresa y encubierta, cuyo tenor es el siguiente:

"In memoria aeterna erit justus. La memoria del justo permanecerá eternamente." (Salm. III. v. 7.)—Debiendo trasladarse los restos del finado Sr. Cura D. Martín Ruíz, del Panteón municipal al sepulcro que se le preparó en la Capilla del

Señor crucificado, en la iglesia de san Cayetano, y habiendo de celebrarse con este motivo, unas solemnes exequias en el santuario de Guadalupe del centro, en el que tanto trabajó, seguidas de una oración fúnebre por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, se suplica al venerable Clero, á los fieles, y en especial á sus parientes, amigos y favorecidos, se sirvan asistir á estas religiosas ceremonias, que tendrán lugar el día 15 del presente, á las 9 a. m.—Irapuato, Febrero de 1905."

Como se anunció en esa invitación, así se verificó: los restos fueron traídos del Panteón, las exequias celebráronse con una solemnidad des acostumbrada: el Clero asistió casi en su totalidad, la concurrencia fué muy selecta y numerosa: de León y aun alguien de México, vinieron al fúnebre convite: los restos en enlutado catafalco, descollaban encerrados en negra y decente caja de madera: el sobrino político del finado nó reparó en gastos para honrar la memoria del santo sacerdote: una orquesta grave y bien acordada, dejaba oír las melancólicas notas del *Dies irae*: y terminada la Misa cerca de las once de la mañana, antes de los solemnes responsorios como está prescrito, ocupó la cátedra sagrada el orador nombrado en la esquila invitatoria, y debutó tomando por texto estas palabras del principio del Li-

bro de Job: "Erat vir ille simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo." "Era aquel varón, sencillo, y recto, temeroso de Dios y apartándose del mal." Pareció este texto muy á propósito para el asunto, pues la sencillez y la rectitud eran precisamente el tipo del venerable sacerdote cuyas virtudes se trataba de enzalsar. Comenzó el orador recordando como Dios escoje á los humildes para levantarlos, como escogió á David y lo sacó "*de post foetantibus*," de tras de las ovejas madres, para hacerlo pastor de su pueblo; dijo que cercano á nuestros tiempos se ha visto al venerable Holzhauser de Alemania hacer sus estudios sirviendo de criado doméstico, al Padre D. Bosco en Italia, salir de la clase del pueblo para iniciar tan grandes obras, y al Cura de Ars en Francia, hijo de pobres labradores, acabado de iniciar Bienaventurado, siendo los tres de humildísima condición, y los tres, faros luminosos en la santa Iglesia; y por fin mencionó al actual Jefe del cristianismo, el Sr. Pio X, descendido de pobre familia, lo que tanto han acentuado los periódicos impíos, quizá con la perversa intención de escarnecer á la Iglesia; pero eso la honra, pues en ella no se reconocen más aristocracias que las de la virtud y de la ciencia. Habló del humilde origen del difunto cuyas exequias

se celebraban: siguióle en sus años juveniles, lleno de sencillez y de piedad, juntando esta con el estudio, lo que es raro en nuestros días, en que se estudia harto, pero nada se ora, y de allí resultan falsos sabios que impugnan á la Iglesia con todas armas. . . . Pasó á hablar de la carrera sacerdotal, dijo lo que era el sacerdote: su dignidad superior á todas las de la tierra, su misión social, el desprecio con que el mundo le mira, y la creciente y debida veneración con que los buenos católicos le rodean. . . . habló de las Ordenes sagradas recibidas por el difunto, de la manera extraña con que tuvo las primicias de la vocación sacerdotal en el teatro; de su dedicación constante á la empresa sacerdotal por excelencia: la salvación de las almas; contemplóle de Vicario en Irapuato haciendo grandes obras en medio de grandes dificultades: trayendo las primeras Misiones que cambiaron á la población descarriada y pervertida: la institución de la Adoración eucarística llamada entre nosotros la Vela perpetua, la que se conserva hasta el día con lucimiento y grandeza, y otras obras que aun permanecen y se instalaron debido á su celo. Siguióle á los curatos que desempeñó, haciendo ver cómo cumplió con los múltiples, difíciles y complicados deberes parroquiales, siendo notable por su desinte-

rés, virtud tan digna de la tribu sacerdotal, y mencionando el cambio radical de una de sus parroquias, que siendo á su llegada una verdadera manada de lobos, se tróco mediante su constancia, su dulzura, su caridad y su celo, en un rebaño de mansas ovejas, mereciendo los aplausos del Pastor de la Diócesis. Vióle amar siempre con ternura y hacer amar de sus feligreses á la Madre de Dios, siendo el primer-introductor del Mes de María, y el gran favorecedor de la bella Asociación de las Hijas de María. En fin, le acompañó hasta sus postreros días, encomiando sus virtudes, y gastando nada menos de cinco cuartos de hora en desempeñar su cometido, apostrofándole al terminar la oración para que favoreciese á sus clientes y ayudase con sus preces á sus amigos, parientes y favorecidos, que dejó aquí en la tierra.

Después siguió el solemne responsorio, concluído el cual, fué piadosamente conducido el Cuerpo, en su caja, al lugar que le estaba preparado en la capilla del Señor crucificado, donde aguardaba también una lápida para dar á conocer el lugar de su sepulcro.

Entre tanto, muy cierto es lo que dice la santa Escritura: "*Memoria justí cum laudibus*, La memoria del justo siempre va acompañada de sus alabanzas." (*Prov. X. 7.*)



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

002